

# LA NOCIÓN DE "POLÍGRAFO" EN MENÉNDEZ PELAYO

MIGUEL ÁNGEL GARRIDO GALLARDO, CENTRO DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, (CSIC)

Recibido: julio/ Aceptado: septiembre 2012

**RESUMEN:** La denominación de "polígrafo" se ha venido aplicando a Marcelino Menéndez Pelayo hasta llegar a constituir un epíteto propio como lo es *el de los pies ligeros* referido a Aquiles. En el año en que se cumple el centenario de la muerte de don Marcelino, se dedican estas páginas a glosar su sentido. **Palabras clave:** Menéndez Pelayo. Polígrafo. Historia de la Cultura. Metafísica.

**ABSTRACT:** The notion of "polígrafo" has been applied to Marcelino Menéndez Pelayo leading to the formation of an epithet such as *swift-footed* referred to Achilles. In the centenary of Menéndez Pelayo's death, this study is devoted to explore its meaning. **Keywords:** Menéndez Pelayo. Polygraph. Cultural History. Metaphysics.

Marcelino Menéndez Pelayo es para muchos la principal figura del siglo XIX en los estudios de la historia de la literatura y la cultura española. Aportó, como se sabe, una producción bibliográfica ingente y trazó los caminos por donde ha debido transitar la investigación de su especialidad en el siglo XX. Al cumplirse el centenario de su muerte, acaecida el 10 de mayo de 1912, algunos echamos en falta una atención a la efeméride proporcionada a la estatura cultural del personaje y lo atribuimos a la dictadura de lo *políticamente correcto* que es el síntoma de la superficialidad como enfermedad de nuestro tiempo. Luego, los artículos de Juan Goytisolo en "El País" y el mío en ABC, el Congreso Internacional "Menéndez Pelayo, cien años después", celebrado en Santander, en la sede de la UIMP en los días del 3 al 7 de septiembre, los números monográficos de la revista literaria *Ínsula*<sup>1</sup> y la universitaria *Monteagudo*<sup>2</sup>, amén de otras colaboraciones en diversas revistas culturales y homenajes más o menos grandes, han dejado las cosas aproxima-

damente en su sitio a tenor de lo que merece el polígrafo santanderino.

Por cierto que *polígrafo santanderino* es, como se sabe, a don Marcelino lo mismo que *el de los pies ligeros* es a Aquiles, un epíteto convertido en modismo propio. Por eso me ha parecido que no estaría de más recordar, en la recta final de la celebración de su centenario, la noción de "polígrafo" que sustentaba Menéndez Pelayo. Para ello, nada mejor que acudir a los ciclos de conferencias pronunciadas por don Marcelino en el Ateneo de Madrid a lo largo de los años de 1896 a 1901 bajo el título de "Los grandes polígrafos españoles". Están recogidas en la Edición Nacional de sus Obras Completas, tomo LXV, que es el III de la serie "Varia" y que las presenta como primer apartado del capítulo XX, ("Apéndices"), páginas 135- 323.

La redacción de estas páginas no es propiamente hablando de don Marcelino, sino de discípulos y periodistas que fueron tomando nota de sus disertaciones. Según el colector, Enrique Sánchez Reyes, "las re-



Estatua de Marcelino Menéndez Pelayo en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional de España.

señas firmadas por Manuel Muelto y Pascual de Liñán y Eguizábal son, sin duda, las que mejor se adaptan al pensamiento del conferenciante, y las que este no hubiera tenido inconveniente en firmar, pues consta que sometieron las cuartillas a su aprobación y enmienda" (p. 137). En todo caso, debe ser sustancialmente fidedigna la reproducción de todas estas conferencias, que formaron parte de la Cátedra de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid.<sup>3</sup>

Pues bien, hay que tener en cuenta que Menéndez Pelayo emplea el término *polígrafo* en un sentido que no es el general de *cultivador de diversos géneros literarios*, "como lo fue Lope de Vega, poeta dramático, épico, lírico, novelista" (pág. 137) ni *cultivador de varias ciencias a la vez*, "filósofo, naturalista y médico, como lo fueron Andrés Laguna y Vallés" (pág. 138), sino otro, que integra y supera los rasgos de las acepciones más comunes.

Menéndez Pelayo proyecta emprender en estas conferencias una historia sintomática de la cultura española a través de polígrafos eminentes, entendiendo por "cultura española", como él lo hace, la producida en el solar de la Península Ibérica a partir de la Hispania romana. Su proyecto se detiene ante su propio siglo, el XIX, para el que seguramente no podría gozar de la misma perspectiva que proporciona la distancia en el tiempo.

Para la cultura hispano-latina elige al filósofo de origen cordobés Lucio Anneo Séneca; para la España visigoda, a San Isidoro de Sevilla; Averroes, para la España árabe; Maimónides, para la civilización hispano-judaica; Alfonso X el Sabio y Raimundo Lulio, para la España cristiana de la Edad Media (siglos XIII y XIV); tres grandes polígrafos, para el siglo XVI, Luis Vives, Francisco Suárez y Arias Monta-

no; para el siglo XVII, Quevedo, el obispo Caramuel y Nicolás Antonio; para el siglo XVIII, El P. Feijóo, Hervás y Panduro y Jovellanos son las figuras destacadas.

Inicia el desfile Séneca (4 a.C.-65) como figura de la cultura de Occidente más que estrictamente hispánica en época en que la actual noción de nación no tenía sentido. Luces y sombras alternan en su biografía, allegada por Menéndez Pelayo en un portento de erudición. Poco éxito tuvo sin duda como moralista en la educación de ese monstruo que fue Nerón, mas, sin embargo pasó a la tradición como tal por los contenidos de sus obras filosóficas, históricas y tragedias. Era tanto su renombre que se le atribuyeron en la Edad Media la obra de San Martín Duniense, obispo de Braga, un compendio de historia romana, de Floro y la obra de Petrarca *De remediis utriusque fortunae*. Atribuir a algo la autoridad de Séneca era un marchamo de autoridad. No sería muy grato al cristianísimo Menéndez Pelayo el final de Séneca, pero, sin duda, tratándose como se trataba de un pagano, su muerte debió impresionarlo como ejemplo de dignidad: "Rodeado de sus amigos y secretarios cumplió la orden de Nerón, abriéndose las venas. Como por su mucha edad la sangre corriese con lentitud, tomó la cicuta, pero no le produjo efecto alguno. Por último, se hizo conducir a un baño caliente. Al entrar en él echó agua sobre los esclavos que le rodeaban, pronunciando filosóficas sentencias, murió con la estoica serenidad que convenía al autor de las Epístolas a *Lucilio*, el año 68 [sic] de J.C., octavo del reinado de Nerón" (pág. 163).

El repaso que se hace de S. Isidoro de Sevilla (ca.556-636) dista de la complacencia del entusiasta insustancial. Menéndez Pelayo subraya la carencia de originalidad, propia de la época y advierte acerca de la

cautela necesaria para dar crédito a los contenidos de las *Etimologiae* isidorianas. La *Etimologías*, no obstante, son la criba a través de la cual pasa la cultura antigua a la cultura cristiana medieval y enciclopedia básica para las enseñanzas del *Trivium* y el *Quadrivium* que fundamentaron por siglos la educación del hombre ilustrado. La cultura isidoriana es fundamentalmente latina y clásica, pero su huella perdura dentro y fuera de España y, desde luego, de ella se advertirán todavía influencias en la España de Alfonso el Sabio, como expresó don Marcelino en la última sesión al respecto, atendida "por un auditorio cada vez más numeroso y escogido" (página 179).

La elección de Averroes (1126-1198) es ilustrativa de esa "especial" noción de polígrafo que sustenta toda la exposición. Ha sido preferido no por ser considerado el mejor y más amplio representante de la ciencia de la España árabe, "sino por haberse encarnado en él la filosofía, y por la persistencia de sus ideas hasta el siglo XVI" (pág. 187). Todavía en este siglo el averroísmo es referencia para la controversia: de los humanistas, que preferían las doctrinas de Platón y de los tomistas, que exigían a los comentarios de Aristóteles una pureza que no encontraban en los de Averroes. En fin, condenado en el París del siglo XIII a causa de sus tendencias panteístas por Santo Tomás y Raimundo Lulio, encontró la benevolencia del Aquinate en cuanto intérprete del Estagirita.

El polígrafo Averroes es también autor de tratados literarios interesantes, aunque cometa indudables errores, habida cuenta de la dificultad de universalizar sobre los géneros literarios por la parcelación distinta de la que resultan estos géneros en las diferentes culturas. Y (¡atención!) Menéndez Pelayo no deja de destacar el concepto de las mujeres que tiene Averroes, quien, a di-

ferencia de Aristóteles, las considera aptas para la guerra y la filosofía.

Maimónides (1135-1204) es el polígrafo elegido para representar en la secuencia histórica de España la cultura judía, siempre de marcado carácter religioso. Es el principal representante de la escolástica hebrea, que logra alcanzar gran importancia dentro del judaísmo y, desde luego, es el mayor enciclopedista hispano de su raza si atendemos a sus escritos de medicina y ciencias naturales.

Según Menéndez Pelayo, a Maimónides se le puede considerar el mayor filósofo de la sinagoga hasta Espinoza. Por lo científico de su método y por haber escrito en árabe, se le llamó el Aristóteles musulmán. (pág. 202). Las conferencias de este apartado terminan con el comentario de la obra principal de Maimónides, *Moreh Nebuhim* a la que libra del menor atisbo de panteísmo.

En las catorce lecciones que dedica don Marcelino a Alfonso X el Sabio (1221-1284) da la impresión de que, aparte de lo que su aportación ha supuesto en esta historia cultural que se documenta al hilo de unos cuantos polígrafos significativos, concurren dos circunstancias que definen al Rey Sabio como "polígrafo" por excelencia, su obra enciclopédica (aunque en Alfonso X pueda ser calificada de colectiva) y su impronta personal, la pasión de "estilo literario" en este caso.

Llegó al final de su exposición don Marcelino, "ante muy numerosa concurrencia, de la cual fueron parte muchos congresistas extranjeros". Después de haber estudiado las obras de Alfonso el Sabio pertenecientes a la poesía lírica, a la novela, a la historia, a la moral, a la política y a la recreación y ejercicios caballerescos, solo quedaban por examinar el grupo formado por las obras de carácter científico, entre

las cuales descuellan por su número y valor las obras astronómicas y las obras de carácter legal que, además de su propio intrínseco mérito, tienen el de haber sido fuente principal de nuestra legislación civil hasta tiempos muy recientes y, continúan siéndolo, hasta cierto punto, ahora. Estas obras constituyen una parte muy considerable del caudal científico que legó a la posteridad (pág. 272). (Esta crónica de Tersites para *El Globo*, que estoy ahora siguiendo, me parece muy expresiva del carácter enciclopédico que vamos atisbando como característica necesaria del polígrafo en general).

La historia cultural de la España, una y varia, que concibe Menéndez Pelayo no podía prescindir de Raimundo Lulio (ca. 1232-1315). Según don Marcelino, al escribir este en catalán, está otorgando a su lengua el honor de ser la primera vulgar que trató de la filosofía, así como en la castellana hablaron por primera vez, por boca de Alfonso el Sabio, las matemáticas y la Astronomía (pág. 280). La azarosa biografía, la ingente bibliografía y la problemática autenticidad ocuparon las eruditísimas conferencias del maestro.

Las conferencias sobre Juan Luis Vives (1492-1540) cierran un proyecto truncado como tantos otros del omnicomprendido afán de Menéndez Pelayo. Pero Luis Vives, que debía abrir el estudio de la Edad de Oro en compañía de Francisco Suárez y Arias Montano, no es un polígrafo cualquiera en la estimación de don Marcelino. Dijo que "era la más grande figura del renacimiento español en el siglo decimosexto, el de miras más amplias en el principio de su método filosófico y el que ha dejado mayor suma de enseñanza aprovechables. Su obra ejerce influencia en los siglos XVII, XVIII y aun en el XIX, en los varios órdenes de la filosofía posi-

tiva. Debe estudiársele por su influjo en el mundo bajo diversos puntos de vista y considerarle, sin embargo, con relación a su época y ante la forma medieval y la del renacimiento" (página 297). No extraña que el cronista de estas conferencias apostillara: "Hay una circunstancia extraordinaria para que el señor Menéndez Pelayo esfuerce su talento poderoso en pro de la buena obra. Vives es para el sabio profesor acaso el filósofo más de su gusto, o por lo menos el que mejor encaja en su manera de pensar" (página 301).

Pero este autor interesa a don Marcelino por posiciones sociales bien alejadas de las que el tópico considera propias del menéndezpelayismo. Vives es destacado por su atención al pauperismo en su obra *De subvencione pauperum*, influida por la historia romana de la tradición bíblica y clásica, y por el famoso libro de un contemporáneo, *Utopía* de Tomás Moro, que pretendió revivir cierto ideal de república antigua, preconizando la institución de los censores, encargados de hacer averiguaciones acerca de los males de la humanidad. Moro profesó en esta obra un cierto comunismo infantil inspirado en Platón, Vives, diez años después, no se muestra enemigo de toda propiedad individual. Pero Vives llega a afirmar: "es un ladrón el que no dedica todo lo superfluo a los pobres, porque nadie tiene derecho a lo superfluo mientras haya quien carezca de lo necesario" (página 304). Más arcaicas sonarían las doctrinas de Vives en torno a la mujer, las cuales, desde luego, no se podrían tildar de feministas.

En cuanto al lenguaje, aparece Vives en la estela de Erasmo y la célebre cuestión del *ciceronianismo*. Escribir bien el latín de la época era por unos escribir como Cicerón, tomado como antonomasia, pero Erasmo rompe lanzas a favor de

una comprensión amplia del problema: escribir como Cicerón será hacerlo como lo haría el orador si viviera en ese nuevo tiempo y no conservar fosilizados discursos que son de otra época. La retórica de Vives es la acertada.

Queda aún su filosofía y su teología y la controversia de época con el antiaristotélico Petrus Ramus (Pierre de la Ramée). La confianza que Vives le merece a don Marcelino es absoluta: "Si el nombre de Vives no sonó en la historia filosófica todo lo que debiera, débese a la lucha religiosa en que vivían en su tiempo humanistas y filósofos. Movido de una ferviente caridad, trabajó con la palabra, con la pluma y con el ejemplo por la concordia entre lo filósofos. Este sentido informa todos sus escritos (página 317).

Según Menéndez Pelayo, Vives abre una línea de influencia en la cultura española: en el siglo XVIII, por lo visto, "encontramos panegiristas fervorosos de nuestro filósofo, como Ricardo González Muzquiz, de Valladolid; José Joaquín de Mora y Andrés Bello, que en Cádiz el primero y en las Repúblicas americanas el segundo, trabajaron con entusiasmo en el campo científico vivista. Tales también Martínez Izala y don Francisco Javier Llorens, en Barcelona, del último de los cuales puedo asegurar que atendía con predilección singular al pensamiento vivista en la psicología, la lógica y otras ciencias" (página 323).

El ciclo de estas conferencias queda aquí, dejando esculpidas varias características del compromiso de Menéndez Pelayo con la Historia de la Cultura (Historia de las Ideas) de España. Considera España la Hispania romana y, por consiguiente, atiende de forma integradora a toda la producción de la Península Ibérica (incluido Portugal). Si las conferen-

cias hubieran seguido más allá de la revisión del siglo XVI, descubriríamos que el panorama se amplía lógicamente a su continuación en América. Las relaciones que algunos consideran de vecindad, don Marcelino las mira como una unidad. Sin duda, caben muchos matices. Este es, sin embargo, su programa de cátedra que mantuvo vivo a lo largo de sus años de labor investigadora. Desde luego, no hay la menor duda en cuanto a la conveniencia de partir de la herencia grecolatina. A este respecto lo que hace don Marcelino debería aceptarse como una obviedad.

En un orden de cuestiones más general, llama la atención la similitud de la propuesta de don Marcelino con lo que hoy se llama Estudios Culturales, o sea la amplitud de horizontes que une el estudio de la lengua, la literatura y la cultura en un *continuum* en que se explican mutuamente. Desde un cierto punto de vista, la excelencia estética de un texto no debe ser razón suficiente para darle prioridad siempre en nuestra atención. Todo aquello que nos enriquece como personas debe ser atendido, todo camino que conduce a la verdad se convierte en senda prioritaria. La elección de los autores estudiados responde a estas premisas. Por eso, porque se trata de una muestra de estudios culturales *avant la lettre*, se explica "la importante omisión de los grandes escritores puramente literarios, como Cervantes, Lope, Calderón" (página 140).

Hay una diferencia sustancial entre los Estudios Culturales y el programa de Historia Cultural de Menéndez Pelayo. La historia cultural puede abordarse por "el lado social, colectivo, impersonal, estudiándose principalmente los caracteres étnicos, las fuerzas intelectuales de la raza, el desarrollo de los organismos sociales, las aptitudes científicas y estéticas colectivas, los

elementos que han favorecido su desarrollo y los obstáculos que se han opuesto a él, y este es el más seguro camino, quizás el único, para explicar los grandes esfuerzos de la colectividad, los monumentos que pudiéramos llamar anónimos" (página 138). En esto coincide aparentemente nuestra autor y cualquier estudioso dedicado a Estudios Culturales a principios del siglo XXI, pero ese carácter "anónimo" de la cultura se debe ahora a una explicación postmoderna a la ausencia de sujeto. Concebida la cultura como una red de discursos que se remiten unos a otros hasta el infinito, se nos va de las manos la instancia que puede buscar la verdad y encontrarla. En cambio, en la percepción de don Marcelino el carácter anónimo y colectivo de la cultura se debe a la imposibilidad de determinar las instancias individuales de las que parte, pero tales instancia (personas) existen y se revelan "de un modo concreto y luminoso en un corto número de hombre privilegiados" (*Íbidem*).

Y aquí está el polígrafo. No es la personalidad elegida por ser la más eminente en un aspecto de la cultura (la literatura, la filosofía, etc.), sino por ser alguien abierto a un amplio espectro y cuya obra puede ser síntoma de una época o civilización. Pero este personaje, este "hombre representativo" (Emerson) no actúa como un receptor de radio que transmite las ondas que lo sobrevuelan, sino como un prototipo singular del ser humano, abierto a la verdad, que descubre una íntima conexión entre los distintos géneros y distintas ciencias que cultiva y, por eso, puede ser ejemplo y lección de sus contemporáneos.

La noción de "polígrafo" responde en Menéndez Pelayo a una visión metafísica de la historia de la cultura. La persona que opta por ser polígrafa tiene necesidad de una cierta eminencia, debe proporcionar

una obra sintomática de una determinada época y debe ser capaz de captar la profunda unidad que existe entre bien, belleza y verdad. Don Marcelino quiso hacer Historia de la Cultura desde estos supuestos y se concibió a sí mismo como polígrafo en este sentido estricto de la expresión.



#### CITAS

<sup>1</sup> Menéndez Pelayo (1856-1912): *Revisiones necesarias*, *Ínsula* 790, octubre 2012

<sup>2</sup> Menéndez Pelayo, *cien años después (1912-2012)*, Monteagudo. *Revista de Literatura Española, hispanoamericana, Teoría de la literatura y Literatura comparada*. 3ª época, 17, Universidad de Murcia, 2012.

<sup>3</sup> Estas conferencias se reprodujeron en *Menéndez-Pelayismo*, 1. Publicación de la Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1944

#### BIBLIOGRAFÍA

- ◆ Menéndez Pelayo, Marcelino: *Obras Completas*. Edición Nacional. Santander-Madrid, C.S.I.C., 1940-1974, LXVII volúmenes. En 1999, La Fundación Hernando de Larramendi publicó en CD ROM esta edición más los XXII volúmenes de epistolario ofrecidos por la Fundación Universitaria Española (Madrid, Digibis). Actualmente se puede consultar todo en línea.